

# *El universo de Max Aub*

José Vicente Peiró Barco

Este año se cumple el centenario del nacimiento de Max Aub Mohrenwitz (París, 1903-Ciudad de México, 1972), hijo de padre alemán y de madre francesa. Autor con un lugar reconocido -por fin- entre los grandes escritores españoles del siglo XX, es una de las grandes figuras culturales del exilio de 1939. Su vida discurre, por diversas circunstancias, entre París, Valencia, Madrid, Barcelona y México. Si la biografía de Aub es la de un trashumante, sus obras discurren desde la vanguardia a la humanización, el realismo y la expresión subjetiva, y por distintos géneros literarios: poesía (*Poemas cotidianos*, 1925, y *Hablo como hombre*, 1967), teatro (*Teatro incompleto*, 1931, y *San Juan*, 1943), ensayo (*Ensayos mexicanos*, 1974), cuento (*Crímenes ejemplares*, 1957, y *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*, 1960), novela (el ciclo de la guerra civil titulado *El laberinto mágico*, 1938-1968, o *Jusep Torres Campalans*, 1958), diarios de viaje (*Enero en Cuba*, 1969), la autobiografía (*La gallina ciega*, 1971), la crítica literaria (*La poesía española contemporánea*, 1954), además de sus periplos como guionista de cine con André Malraux y Luis Buñuel, en el arte y en la radio.

Su dedicación literaria comenzó en Valencia, donde se estableció con su familia en 1914. Allí cursó el bachillerato -y no olvidemos su mítica frase: «uno es de donde estudió el bachillerato»-, se nacionalizó español, y publicó sus primeras obras. En sus inicios partió del posmodernismo de *Los poemas cotidianos* hasta su vinculación con las vanguardias vigentes en los años veinte. Antes de la guerra civil, se mantuvo próximo, en la teoría y en la práctica, a las innovaciones extremas; hecho que se aprecia en obras prosísticas como *Geografía* (1929) y la metaficcional *Luis Álvarez Petreña* (1934), además de en sus frecuentes colaboraciones en revistas literarias de la época (*Alfar*, *Azor*, *Carmen*, *La Gaceta Literaria*, *Revista de Occidente* y la valenciana *Murta*).

Años más tarde reconstruiría el ambiente del Madrid de esos años veinte en la novela *La calle de Valverde* (1961). El espíritu vanguardista no le abandonaría a lo largo de su obra, a pesar del giro realista coincidente con la guerra civil, como se aprecia en el toque irónico de buena parte de sus novelas, en el juego de naipes atribuido al imaginario Jusep Torres Campalans, y en los titulares jugosos del «periódico conservador» *El Correo de Euclides*. Se manifestó también en el teatro: en sus obras y en su labor como director de la compañía valenciana «El Búho» en los años previos a la guerra. De él es el proyecto presentado al presidente Manuel Azaña para la creación de un teatro y una escuela de danza nacionales, que no pudo culminarse a causa del estallido de la contienda civil. Por su filiación socialista, militó en defensa de la República en sus misiones diplomáticas, entre la que destaca su nombramiento como agregado cultural de la Embajada española en Francia y su dirección del pabellón español de la Exposición Internacional de París en 1937. Su presencia en el Congreso de Escritores Antifascistas de Valencia, celebrado ese mismo año, fue destacable. Es en

este momento cuando surge el Max Aub más conocido: el que discurre hacia la literatura humanizada.

A pesar de encontrarse en París al final de la contienda, fue detenido y conducido a campos de concentración, hasta que en 1942 se estableció definitivamente en México. Allí escribió el *corpus* más denso de su obra, además de participar en proyectos culturales, creación de revistas, programas de radio y colaboraciones diversas.

La obra aubiana en el exilio está marcada por el ciclo *El laberinto mágico*, compuesto por seis novelas realistas, casi galdosianas, «los seis campos»: *Campo cerrado* (1943), *Campo de sangre* (1945), *Campo abierto* (1951), *Campo del Moro* (1963), *Campo francés* (1965), y *Campo de los almendros* (1968). Posiblemente, sean el fresco bélico de la reconstrucción de la preguerra y de la guerra civil más importante en nuestra literatura. En todo el resto de su producción, siguieron latentes la contienda y la reflexión sobre el desarraigo del exilio, aunque no empleó exclusivamente motivos españoles. Así, representó el éxodo judío, proyección a su vez del nuestro, en *San Juan*, y la ocupación parisina por los alemanes en otra obra dramática *Morir por cerrar los ojos* (1944).

El reflejo de su experiencia de «hombre perdido en el mundo» se manifestó en sus relatos mexicanos, y en su literatura autobiográfica, sobre todo en *La gallina ciega* (1971), además de en sus *Diarios* (edición póstuma de 1998). En la obra de 1971 recogió su visión subjetiva y parcial de los avatares de su viaje en 1969 y mostró su pesimismo en el reencuentro con una España que no reconoce y es una realidad ajena a la que conserva en su memoria. En realidad, Aub diserta contra el olvido y busca una obra como memoria del tiempo histórico que desemboca en la guerra civil. Al no distinguir su mundo, le resulta imposible mantener una distancia irónica ante la realidad española de 1969. Las múltiples lecturas que hoy nos ofrece *La gallina ciega* dan testimonio del desencanto aubiano, motivado por el desarraigo del exilio y por la tragedia de una cultura rota en una sociedad enferma; tan desvalida como los exiliados en sus nuevos mundos.

Este año se consolida la restitución de Max Aub iniciada desde hace años, y que se fraguó a partir de la creación de la Fundación que lleva su nombre en Segorbe (Castellón) y de la celebración del Congreso «Max Aub y el laberinto español» en 1993. Desde ese año, se ha rescatado su figura en varias exposiciones como la titulada *Jusep Torres Campalans* del año 2000 o la que se celebra este año, *El universo de Max Aub*, que recorrerá varias ciudades relacionadas con el autor. Su vindicación histórica culminará con el congreso dedicado a su obra organizado por la Generalitat Valenciana en el próximo mes de abril. Es nuestro compromiso con la memoria de un autor que luchó contra el olvido, porque, como expresó Aub en su *Manuscrito Cuervo*, «el hombre, por el hecho de serlo, no es nada».

## *La des(a)ventura del exilio*

José Vicente Peiró Barco

**Ricardo Bellveser: *El exilio secreto de Dionisio Llopis*. Alzira, Algar Editorial-del Taller de Mario Muchnik, 2002**

La novela sobre el exilio español de 1939 ha generado un *corpus* de dispar interés, desde Max Aub y su ciclo *El laberinto mágico*, o aquella creación de Carmen Mieza titulada *La imposible canción* (1962), sobre los exiliados en México, hasta nuestros días. Entre estas novelas publicadas recientemente destaca *El exilio secreto de Dionisio Llopis* de Ricardo Bellveser.

No es necesario descubrir las obras de ficción y crítica del autor por conocidas, aunque suele adscribirse a la poesía. Sin embargo, es un creador proteico, capaz de adentrarse en cualquier género. Con esta novela demuestra el poder de su palabra y su dominio de las técnicas narrativas. Es una historia localizada en los últimos días de la guerra civil, en el momento en que las tropas nacionales de Aranda han entrado en Castellón, y están a punto de hacerlo en Valencia. Un grupo de republicanos decide salvarse de las probables represalias e inicia el camino del exilio hacia la frontera francesa en un autobús. Desde ese momento, se desatan las peripecias y estallan las circunstancias individuales de cada personaje. Pero el suspense de la obra arranca de la evolución de los acontecimientos de cada ser; en las circunstancias del viaje y en las consecuencias de los actos, para desembocar en la representación de distintos tipos de exiliados.

La obra ofrece una densidad compacta. Los personajes dan una imagen global del exilio para convertirse en símbolos de sentimientos humanos universales en momentos adversos. Para Bellveser no es tan importante el acontecimiento histórico en sí como la personalidad de sus seres creados, iconos de la España donde lo político encubrió la solución de problemas personales. Además, el autor, en un alarde de síntesis, dispersa las historias individuales, fragmentándolas para unir las, aunque pueda parecer contradictorio, en destinos comunes.

La obra está perfectamente cerrada y no hay posibilidades de encontrar deslices históricos. Su estructura obedece al esquema de presentación, núcleo y desenlace. Si tomamos en cuenta su contexto, es una creación constituida por dos partes confrontadas: la primera de tres capítulos, donde suceden las peripecias del exilio, y la segunda, el último, en la que irrumpen los exiliados en la transición democrática. La larga elipsis entre ambas partes sería rellenada por el poemario de Bellveser, *El agua del abedul*, del mismo año, donde recalca en el sentimiento del exiliado desde su condición de testigo en el extrañamiento lejano, y exótico para su mentalidad. *El exilio secreto de Dionisio Llopis* es un viaje orfeico a los infiernos, el del exilio, pero sometido las bajas pasiones humanas que la guerra eleva a la superficie. Finalmente, el viaje cumple con el eterno retorno; es entonces cuando alumbra la sensación de escepticismo de sus personajes tras el retorno: cuando observan una transición democrática que pretende rehabilitarlos sin una convicción rotunda.

Muchos apartados comienzan con un título, ya del nombre de su protagonista, ya del lugar donde se desarrolla la acción. Dan sensación de obra coral con una variedad de tipos que le conceden un sentido total y universal de forma ordenada. La simbología de los personajes y situaciones, disimuladas por la vorágine de acontecimientos, parte de dualidades, como si el autor pensara que sus personajes se han de mover entre mundos opuestos unidos. Las dos maletas en el mismo portaequipajes son ese motivo aparentemente nimio pero de singular protagonismo, que tan bien captó Hitchcock en el cine. La de Rafael contiene el cadáver de la marquesa, mientras que la de José Luis esconde oro, una pequeña parte del llamado «oro de Moscú». Esta oposición es en realidad un único símbolo: el de una España decadente, donde la riqueza se ha esfumado en muerte, signo del empobrecimiento de una clase, la aristocrática, que feneció con la guerra civil.

Hay algunos motivos deudores de la picaresca y del grotesco valleinclanesco, como la historia del ascenso social del marqués de Ardinúa. Las anécdotas son imaginativas y de sentido humorístico, como la del viaje de la marquesa a Alcoy para lograr la fertilidad, sátira de la superstición popular. La mayor lucidez de la novela se localiza en el ámbito del humor negro y en las situaciones límite. El cuarto capítulo deja en segundo plano la narratividad para priorizar la reflexión del exiliado. Los intentos del conseller por rendir homenaje al pintor exiliado Dionisio Llopis son fútiles, ya que éste expulsa a la comitiva oficial de su casa, aunque la anécdota desemboque en el regreso de aquel para replantear la propuesta. Llopis deshace la aureola mítica del exiliado que propicia la política oficial tras su retorno. Bellveser desmonta tópicos, sin negar el sufrimiento de los exiliados y la dureza de sus vidas. La negativa de Llopis a la concesión de la medalla es un guiño contra el poder, capaz de premiar lo que desconoce y de valorar sin suficiente juicio, simplemente por impresiones personales.

En ese capítulo cuarto, el autor mezcla referencias culturalistas y citas de personajes reales con otros inventados. La mezcla de ficciones y realidades es constante, porque el universo cultural se compone de falacias y verdades, lo que genera desconfianza en el verdadero intelectual. Y sin errores en la narración, porque Bellveser ha controlado en todo momento, por medio de cronologías biográficas de todos sus personajes -reales o inventados-, los acontecimientos. El guiño culturalista y el ánimo puntillista siempre buscan la complicidad del lector.

*El exilio secreto de Dionisio Llopis* es la tierna historia, y a la vez brutal, de esos seres con nombre y trayectoria que han ido cayendo en el olvido, a pesar de los intentos de rescate, oficialistas o no, de su memoria. Bellveser «repiensa» el tema del exilio con sus interrogantes para mediar en la reflexión del lector sobre uno de los períodos más funestos de la historia española. Y es una novela repleta de pasión; la literaria y humana que Bellveser siente y vive. *El exilio...* es, por tanto, un referente sustancial dentro de la novela del exilio del 39.